

Desde Canarias hacia el mundo

MILAGROS LUIS BRITO *

El proceso cultural e ideológico, que de una forma compleja y lenta, pone en cuestión las bases de la sociedad del Antiguo Régimen, y que se desarrolla a lo largo del siglo XVIII, con proyecciones diversas que alcanzan al principio del siglo XIX, ha venido en denominarse por los estudiosos de la historia de las mentalidades como La Ilustración. La Ilustración postulaba la necesidad de reformar las estructuras sociales y económicas y la puesta en valor de la razón y las ideas. Es este un movimiento que bebe del rico pensamiento heredado de los siglos XVI y XVII, tan denostado por el pensamiento inquisitorial.

Las ideas ilustradas en Canarias se canalizan a través de los grupos dominantes, siendo la conocida como Tertulia de Nava (impulsada en La Laguna en torno a la casa de los Marqueses de Villanueva del Prado) un fiel exponente de esta efervescencia y gusto por lo empírico, la razón, la pedagogía y la ciencia. Se leen libros prohibidos, se escriben piezas satíricas, se adoptan modas europeas o se introducen avances científicos. La formación a través de la cultura, la difusión de los libros y la insistencia en el papel transformador de la educación, serán sus caballos de batalla, en un discurso y en unas acciones que todavía hoy podemos suscribir.

Dentro de este contexto político, social, cultural y económico, surge la figura del portuense Agustín de Betancourt y Molina, que será conocido como el ingeniero universal y que encarna, dentro de la Ilustración canaria, el máximo exponente del rompimiento de las barreras insulares, de una notable influencia en Madrid y de la proyección del quehacer de la cultura y el cientifismo canario en el mundo.

Agustín de Betancourt y Molina nace en el Puerto de la Cruz el 1 de febrero de 1758, en el seno de una familia de la élite agraria tinerfeña. Su padre, Agustín de Betancourt y Castro, era un asiduo de la citada Tertulia de Nava a la que llevó en más de una ocasión a su hijo. Su madre, la aristócrata Leonor de Molina y Briones-Monteverde, era una mujer culta que le inculcó al joven Agustín el gusto por la cultura. No cabe duda, que este ambiente familiar culto y refinado, creó en nuestro personaje una innata afición por el conocimiento y las nuevas ideas, a lo que se une su posterior ingreso en los estudios que dictaban los frailes dominicos de La Orotava. De esa refinada y culta educación recibida, y del ambiente familiar favorable, habla también la trayectoria de su hermano mayor José muy interesado por la promoción de la agricultura, las artes y el comercio, y también la formación y el conocimiento de su hermana María, con quien sin apenas ambos de cumplir veinte años, inventa la máquina de telar epicilíndrica que presentan en la Sociedad Económica de La Laguna.

Como era de esperar, el territorio insular se quedó corto para una mente tan preclara. Con apenas veinte años, Agustín de Betancourt se trasladó a Madrid, en el inicio de un periplo formativo que le llevó a ingresar en el colegio de San Isidro, en la Academia de Bellas Artes de San Fernando y posteriormente estudio becado en Francia e Inglaterra, para culminar su trayectoria en la Rusia de los zares, donde moriría sin regresar nunca a Canarias. Sus trabajos para la corona española en el canal de Aragón o las minas de Almadén, culminan con el primer lanzamiento en España, con la presencia del rey Carlos IV, de un globo aerostático, al hilo de la iniciativa que había asombrado al mundo de los hermanos Mongolfier.

Agustín de Betancourt llega a Francia en 1784 e ingresa en la Escuela de Caminos, donde contacta con una pléyade de científicos que influirán de manera sustancial en su trayectoria posterior. Sus estudios sobre la máquina de vapor, la construcción del telégrafo óptico o la publicación del primer libro con un enfoque moderno sobre las máquinas (junto con el matemático mexicano José María de Lanz), son hitos de esta primera etapa francesa. En su estancia en Inglaterra, junto a su

hermano José, estudiaría las instalaciones portuarias y las máquinas empleadas para el transporte y la elevación de mercancías. De vuelta a España, en 1791, dirige el Real Gabinete de Máquinas, que él mismo había creado años antes. Su actividad sigue siendo febril, pero los acontecimientos políticos le son cada vez menos favorables, por lo que planifica instalarse en Londres. Al regresar a Madrid, después de un intento de traslado a Cuba para implantar en la isla antillana sus conocimientos en la máquina de vapor en la industria de las plantaciones siendo apresado el barco por los ingleses, continúa desarrollando una gran y polifacética actividad. Con el inicio del siglo XIX, concretamente en 1802, y después de diversos esfuerzos frustrados, consigue uno de sus más anhelados sueños: fundar la Escuela de Caminos, donde además se integra el Real Gabinete de Máquinas, siendo, por supuesto, Agustín de Betancourt designado su director.

De nuevo, en la trayectoria vital del universal ilustrado canario, los avatares políticos hacen mella. La progresiva satelización de España por Francia, sus desavenencias con la corte española y algunos de sus colaboradores, le llevan a pensar abandonar España. Ya en 1806, su esposa e hijos se habían trasladado a Francia, y Agustín lo hace en 1807 con permiso regio, con la excusa de terminar diversos trabajos para el gobierno francés. Pero a finales de 1807 visita Rusia, es recibido por el Zar Alejandro I, visita diversas instalaciones industriales, donde surge la posibilidad de poner sus conocimientos al servicio del mismo. Se abrirá así, a partir de 1808, con su compromiso a trabajar en Rusia y su ingreso en su ejército como Mayor General, la etapa final de su vida, que concluirá en ese país con su muerte en 1824.

En un país con más de treinta millones de habitantes, Agustín de Betancourt, siguió librando su particular batalla en el ámbito de la investigación y la invención en la ingeniería. Despliega toda su sapiencia para mejorar los planes de estudios del Cuerpo de Ingenieros, construye puentes, la draga de vapor, dirige la construcción de la Casa de la Moneda en Varsovia, reorganiza urbanísticamente por encargo del Zar la ciudad de San Petersburgo y colabora en la construcción de la catedral de San Isaac. En esa misma ciudad proyecta y dirige, en la Plaza de Invierno, una columna de granito en memoria del Zar.

La culminación de esta singular trayectoria la centra en la proyección y dirección de la sala de ejercicios ecuestres de Moscú y el complejo ferial de Nizhni Novgorod. En la primera proyecta espectaculares cerchas de madera con unas amplísimas luces nunca antes conocidas, y en el recinto ferial sintetiza todo su saber teórico y artístico, poniendo a prueba sus conocimientos de la hidráulica y del urbanismo.

El ingeniero cayó en desgracia a partir de 1822, en parte precisamente, por los altos costes del proyecto del recinto ferial. La muerte de su hija Carolina lo hundió definitivamente, muriendo rodeado de su familia el 14 de julio de 1824, siendo enterrado en San Petersburgo donde continúan sus restos.

Canarias hoy recuerda la figura de un hombre universal que hizo de las ideas ilustradas, de la ciencia y de la pedagogía su norte vital. Sus enseñanzas diseminadas por toda Europa son un ejemplo para las actuales generaciones.

Sirva esta humilde glosa de su figura como nuestro particular homenaje a un paisano portuense y canario. Esforcémosnos en darle cumplido homenaje en este año 2008 en el que se cumplen 250 años de su nacimiento. Agustín de Betancourt representa lo mejor del pasado y los soportes más sólidos del futuro del Archipiélago: formación, cultura del esfuerzo, espíritu de superación, creatividad, curiosidad, arrojo y amplitud de miras para situarnos en el mundo desde Canarias.

* Milagros Luis Brito es consejera de Educación, Universidades, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias.